19

cuadernos de ética en clave cotidiana

UNA MIRADA A LA PANDEMIA DESDE CÁRITAS

RAFAEL ALLEPUZ CAPDEVILA
JESÚS PÉREZ MAYO

Fundación Europea para el Estudio y Reflexión Ética

cuadernos de
ética
en clave cotidiana

UNA MIRADA A LA PANDEMIA DESDE CÁRITAS

RAFAEL ALLEPUZ CAPDEVILA
JESÚS PÉREZ MAYO

Fundación Europea para el Estudio y Reflexión Ética

Editorial Perpetuo Socorro
Covarrubias, 19. 28010 Madrid

COORDINADOR DE
"CUADERNOS DE ÉTICA EN CLAVE COTIDIANA"

— *Enrique Lluch Frechina.*
Profesor en la Universidad CEU Cardenal Herrera

CONSEJO ASESOR

— *Rafael Junquera de Estéfani*.
Facultad Derecho UNED (España).
— *Antonio Fuertes Ortiz de Urbina*.
Investigador médico (España).
— *Luis Mesa Castilla*.
Institución Juan XXIII de Granada (España).
— *Marta Iglesias López*.
Asociación para la Solidaridad (España).
— *P. José Samuel Torres Tangua*.
Rector de la Fundación Universitaria San Alfonso (Colombia).
— *José Luis Pareja*.
Director Centro Residencial para Personas Mayores Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

DIRECCIÓN – REDACCIÓN – ADMINISTRACIÓN

— *Fundación Europea para el Estudio y Reflexión Ética*
C/ Félix Boix, 13
28036 Madrid (España)
www.funderetica.org | fundraising@funderetica.org

ISBN: 978-84-284-0849-3

DEPÓSITO LEGAL: M-18140-2022

ISSN: 2341-0388

ÍNDICE

1. Introducción 5

2. ¿Cómo estábamos? 14
   2.1. Una sociedad muy desigual 14
   2.2. La desigualdad perdurable 17
   2.3. Los procesos de exclusión 19
   2.4. La protección social insuficiente 35
   2.5. Una pandemia que llega a un país desigual
   y con riesgos 37

3. Y... ¿qué nos pasó? 43
   3.1. Somos frágiles, vulnerables 43
   3.2. Vivimos en una sociedad desvinculada 46
   3.3. Recuperar el valor de lo común 51

4. ¿Qué proponemos? 58
   4.1. Acompañar en los procesos de crecimiento
   y autonomía personales 58
   4.2. Un tiempo de compromiso y esperanza 61
   4.3. El modelo de acción social de Cáritas 65

7. Claves para el día a día 69

Bibliografía 69

1. Introducción

Desde hace décadas las decisiones en materia de desarrollo humano se centran en el objetivo del crecimiento económico. Se asume de manera general que el desarrollo y el bienestar de las personas deben conseguirse a través del ánimo de lucro y del afán en ser más competitivos y eficientes desde el punto de vista económico. Se trata de disponer de oportunidades económicas a título individual para satisfacer nuestras ambiciones personales y las sumas de los éxitos individuales deben constituir el bien común. La manera más lógica de conseguir este crecimiento se basa en la mejora del Producto Interior Bruto (PIB), en el sentido de que cada año debe tener un valor más elevado como reflejo de la obtención de mayores rentas para poder repartir entre los sujetos económicos (familias, empresas y Administración Pública) que participan en la actividad económica.

El desarrollo humano se centra sobre todo en el crecimiento económico.

El crecimiento económico se plantea como un instrumento válido para mejorar la situación de quienes peor están y evitar que aquellas personas que no pueden colaborar en la producción de bienes y servicios a través de su trabajo puedan tener una vida digna gracias a los excedentes que generan los demás y, de esta forma, mejorar el acceso a oportunidades y reducir las desigualdades.

El crecimiento es un instrumento económico.

A pesar de ello los datos demuestran que no es así, que el reparto de las rentas generadas no es equitativo y, como consecuencia de ello, observamos que junto con el crecimiento económico aumentan las desigualdades económicas y sociales. Mientras que el crecimiento económico, medido en aumentos del PIB, no hace disminuir la pobreza y las desigualdades económicas de forma automática, las crisis económicas que se traducen en disminuciones del PIB sí que generan un aumento de la pobreza y las desigualdades.

Es decir, a pesar del elevado crecimiento económico que se ha conseguido y de que, durante los últimos años, haya crecido la renta per cápita o por habitante, siguen existiendo personas a las que no les alcanza lo que les correspondería para llevar una vida digna. Al mismo tiempo, gran parte del crecimiento económico ha sido absorbido por aquellas personas y grupos sociales que tenían ya con anterioridad las rentas más altas.

El crecimiento no siempre es equitativo como se ha comprobado en la última crisis.

El Foro Creyente de Pensamiento Ético-económico[1] en el año 2017 redactó un documento titulado *Repensar el objetivo económico* en el que propone poner en el centro del debate económico a la persona, lo cual supone plantearse si la dirección que tiene la economía es la adecuada y no considerar, por el contrario, la actual como inamovible o indiscutible. En este documento se ex-

1 Foro al cual pertenecen los autores de este cuaderno

pone que "El bien común nos lleva directamente a otra de las constantes de la Doctrina Social de la Iglesia: la opción preferencial por los más desfavorecidos. Si pensamos que el bien común implica (desde el punto de vista económico) que todos tengamos al menos lo suficiente para llevar una vida digna (porque ello es lo que nos permite ser libres y desarrollarnos plenamente como personas), una organización social que esté al servicio de este objetivo no tiene como prioridad a las personas que ya alcanzan estos ingresos suficientes para vivir, sino precisamente a aquellas que todavía no pueden desarrollar una vida digna porque no tienen los ingresos necesarios para hacerlo. Por ello, la prioridad en esta manera de plantearse la sociedad son los más desfavorecidos. La sociedad mejora en la medida que lo hacen quienes peor están, en la medida en la que hay menos personas que pasan necesidad". Más adelante añade que "el destino universal de los bienes no se logra persiguiendo el crecimiento económico. La gran cantidad de excluidos del sistema económico mundial cuestiona la capacidad que tiene este para lograr que todas las personas tengan al menos su parte correspondiente de la creación que les permita ser libres y vivir una vida digna".

El bien común nos lleva a que la sociedad mejora si lo hacen quienes peor están.

Los avances en materia económica y social anteriores a la crisis del año 2008 no reflejaban una mejora en la cohesión social. Sin ir más le-

jos, la tasa de pobreza económica[2] en el año 2008 era del 19,6% del total de la población española, poco más de 9 millones de personas. Además, se experimentaban otras situaciones como la privación material severa[3] que afectaba a un 3,5% de la población, los hogares que vivían con una baja intensidad de trabajo[4] que eran aproximadamente un 5% del total y la tasa de paro[5] que era el 11,2% del total de la población activa.

Después de la crisis de 2008 no ha mejorado la cohesión social.

Estos datos muestran que parte de la población, sobre todo los grupos más vulnerables, no solo no se habían beneficiado (o lo habían hecho de forma insuficiente) de los progresos económicos y sociales del momento, sino que habían sido objeto de una continuada devaluación de su calidad de vida. Esta circunstancia no se vio contrarrestada con eficacia por las políticas sociales y otras medidas de apoyo a la pobreza económica y la exclusión social.

2 Se calcula como el cociente entre el número de personas económicamente pobres (con ingresos por debajo del umbral de pobreza, es decir, del 60% de los ingresos medianos del país) y el total de personas.

3 La privación material severa significa no poder satisfacer cuatro de las nueve necesidades básicas identificadas en la Encuesta de Condiciones de Vida elaborada por el Instituto Nacional de Estadística entre las que destacan: permitirse una comida de carne, pollo o pescado cada dos días; mantener la vivienda a una temperatura adecuada o no tener capacidad para afrontar gastos imprevistos.

4 La baja intensidad de trabajo hace referencia a las personas mayores de 18 años que hayan trabajado menos del 20% de su potencial de trabajo en el último año.

5 La tasa de paro es la proporción de personas laboralmente activas que se encuentran en situación de paro, es decir, buscando un empleo de forma activa.

Los grupos más desfavorecidos no salieron beneficiados.

Ante este panorama y el surgimiento de la crisis que amplía y profundiza las situaciones de precariedad y de necesidad por parte de un grupo creciente de población, en el año 2010 la Comisión Europea propuso la aprobación de la *Estrategia Europa 2020*[6] con el objetivo de salir con éxito de la crisis. Esta estrategia consistía en lograr un futuro donde se mirase más allá del corto plazo y en volver a encontrar el rumbo hacia el crecimiento inteligente, sostenible e integrador. Según su declaración preliminar, se trataba de ser capaces de crear más empleo y lograr una mejor vida mediante la consecución de cinco objetivos cuantificables para el año 2020 entre los que se incluía la lucha contra la pobreza.

Existe una estrategia europea para luchar contra la pobreza.

Por otro lado, en el año 2015 los 193 estados miembros de la ONU llegaron en la Cumbre de Desarrollo Sostenible al consenso respecto a un documento final de una nueva agenda de desarrollo sostenible titulado *Transformar nuestro mundo: la agenda 2030 para el desarrollo sostenible*. Esta agenda contiene 17 objetivos de Desarrollo sostenible (ODS)[7] que han de servir como plan de acción para que la comunidad internacional y los gobiernos promuevan la prosperidad y el bienestar común en los siguientes 15 años.

6 https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/?uri=LEGISSUM%3Aem0028

7 https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/2015/09/la-asamblea-general-adopta-la-agenda-2030-para-el-desarrollo-sostenible/

Este nuevo consenso surgió como consecuencia del fracaso del anterior acuerdo titulado *Objetivos para el Desarrollo del Milenio*, que establecía ocho objetivos cuantificables para el año 2010, ocho propósitos de desarrollo humano. Eran objetivos que trataban problemas de la vida cotidiana que se consideraban graves. En primer lugar, figuraba la erradicación de la pobreza extrema y el hambre.

Desde la ONU se ha realizado una agenda con 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Estas dos acciones en favor de un mejor desarrollo humano y una reducción de las desigualdades reflejaban la preocupación a nivel mundial de los resultados de las políticas económicas dominantes durante las últimas décadas.

Con posterioridad, en el caso de España, el Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos, Philip Alston, visitó nuestro país del 27 de enero al 7 de febrero de 2020 para informar al Consejo de Derechos Humanos sobre la compatibilidad de las políticas y programas públicos relativos a la extrema pobreza con las obligaciones de España en materia de derechos humanos, así como ofrecer recomendaciones constructivas al Gobierno y a otras partes interesadas.

Su informe declara que la economía española, cuarta de la Unión Europea, ha experimentado un crecimiento constante desde la crisis, propiciando una disminución del desempleo y un aumento de los salarios. Sin embargo, la recuperación ha

beneficiado principalmente al estrato más rico de la sociedad y, en gran medida, los poderes públicos han fallado a las personas que viven en la pobreza.

La recuperación de la crisis ha beneficiado más a quienes mejor estaban.

A su vez, afirma que, como consecuencia de ello, sigue habiendo situaciones de gran pobreza muy extendidas, una alta tasa de desempleo, una situación de desempleo juvenil crónico, una crisis de vivienda de enormes proporciones, programas de protección social muy insuficientes, un sistema educativo segregado y cada vez más anacrónico, políticas tributarias y de gasto que favorecen mucho más a las clases acomodadas que a las pobres, y una mentalidad burocrática que permite a las autoridades eludir su responsabilidad y valora más el formalismo que el bienestar de las personas. Resulta más que evidente que el sistema de prestación de asistencia social está roto, no se financia adecuadamente, es imposible no perderse en él y no llega a las personas que más lo necesitan. Sólo tomándose en serio la eliminación de la pobreza se facilitará la movilidad laboral, se generarán más ingresos tributarios para hacer frente a la deuda, se mejorará la eficiencia del gasto actual y se trazará un rumbo hacia un incremento inclusivo.

Siguen habiendo situaciones de gran pobreza muy extendidas.

Desde 2010 los índices de desigualdad se han disparado porque, entre otras causas, los poderes públicos han fallado mayoritariamente a las personas que viven en la pobreza. También se han

debilitado las redes de seguridad locales y familiares que tradicionalmente habían sido muy importantes.

Cuando todavía no se había presentado este informe del Relator[8], declaraba la Organización Mundial de la Salud (OMS) el día 11 de marzo del 2020 la pandemia de Covid-19, situación que trastornó por completo nuestras vidas porque impactó en, prácticamente, todas las dimensiones de nuestra existencia. Este impacto también ha sido desigual para las personas y familias en función de la situación socioeconómica y de la disponibilidad de recursos de todo tipo para hacerle frente.

Los índices de desigualdad se han disparado.

Debido a la pandemia la pobreza y las desigualdades crecen, los niveles de bienestar de la ciudadanía se reducen y, todavía inmersos en medidas excepcionales, restricciones e incertidumbres, el malestar de la población aumenta. En el caso de las personas y los colectivos más desfavorecidos y desprotegidos, las consecuencias de la pandemia derivan en desamparo y desesperación. La incapacidad de nuestro modelo socioeconómico para garantizar los derechos básicos y reducir las desigualdades pone en evidencia los problemas y déficits estructurales que ya padecíamos: es el mismo modelo el que genera y perpetúa las desigualdades que oprimen a miles de personas

8 El informe que lleva fecha del 21 de abril se presentó el día 7 de julio

y hacen cada vez más difícil hablar de cohesión social.

El modelo económico es el que genera y perpetúa las desigualdades.

La actual crisis sanitaria y social impacta en una sociedad polarizada, débil y frágil. A los problemas crónicos se ha añadido la extraordinaria coyuntura de una pandemia a la cual se ha respondido con medidas de urgencia, asistenciales y reactivas que no atacan las causas estructurales que hay que transformar. Las desigualdades persisten y, cada nueva crisis, se agravan y generan más vulnerabilidad y riesgo de pobreza.

Por todo ello no es de extrañar que entidades del Tercer Sector de acción social y caritativa, como es el caso de las Cáritas diocesanas[9], aumenten su presencia social y sus actividades en favor de la población más vulnerable y "perdedora" en los procesos de distribución y redistribución de rentas que establece el modelo económico. La acción de estas entidades consiste en dar apoyo a las necesidades de las personas que acuden en demanda de algún tipo de ayuda, pero con la función de acompañarlas y orientarlas en sus estrategias de gestión de su situación de precariedad, en su proceso de crecimiento personal y comunitario y en la reinserción social. Dotar y estimular las potencialidades de las personas son la mejor respuesta en favor de una mayor autonomía personal y una mejor capacitación para la

9 Los autores de este cuaderno son directores de dos de las 70 Cáritas diocesanas de España.

toma de decisiones individuales. Se trata de una acción orientada a profundizar en las causas y a hacer surgir las posibilidades de integración de las personas a su entorno económico y social más próximo.

Estamos en una sociedad débil en la que las entidades del tercer sector tienen que actuar constantemente.

Pasamos a continuación a presentar una breve radiografía de nuestra sociedad en la que intentaremos explicar cuáles son las causas y consecuencias de las desigualdades económicas y sociales en nuestro país y cuáles son los principales colectivos de población que padecen de forma más significativa en sus vidas las consecuencias de las mismas, tanto antes como durante la pandemia.

2. ¿Cómo estábamos?

2.1 Una sociedad muy desigual

La hipótesis de partida es que nuestra sociedad es heterogénea y está segmentada. La heterogeneidad es el resultado de la diversidad y la segmentación lo es de la desigualdad. Vayamos por partes.

Tenemos una sociedad segmentada y heterogénea.

La diversidad se caracteriza porque no todos ni todas somos iguales, ya sea por razón de sexo, edad, cultura, procedencia, religión, entre otros, lo cual es sinónimo de riqueza. Los distintos niveles de educación y de formación a lo largo de la vida nos dotan de un bagaje personal que incide en nuestros hábitos de vida y en nuestras preferencias en base a los cuales tomamos decisiones y optamos, dentro de nuestras posibilidades, por el estilo de vida que más nos satisface y a lo que queremos dedicar nuestro tiempo. La experiencia y la formación van configurando los valores que vamos elaborando a lo largo de nuestra vida. Todo esto se traduce en la existencia de una gran diversidad de personas, hombres y mujeres, que conviven en un mismo lugar y que forman el conjunto de población de nuestra sociedad, identificando su presente y proyectando su futuro. A su vez, la desigualdad se caracteriza por el diferente estatus económico y social existente entre la población. Estas desigualdades son el resultado de cómo hemos orientado nuestra vida, generalmente en función de lo descrito anteriormente. Pero lo

que nos llama más la atención es que, en muchos casos, las desigualdades son también consecuencia de la falta de oportunidades de la que han sido objeto muchas personas ya sea por la insuficiencia de recursos o de capacidades personales para aprovecharlas o ya sea por el hecho de no disponer de las mismas por formar parte del colectivo de población más vulnerable que vive al margen de la evolución de la sociedad en la que viven.

Existe en España una elevada desigualdad.

No todas las personas nacemos iguales ni nos desarrollamos de la misma manera, pero no por ello hemos de ser objeto de discriminación. Si la desigualdad no es fruto de la naturaleza, sino de una construcción social, lo que más cuenta es la conducta de todos y todas. El VIII Informe Foessa sobre exclusión y desarrollo social en España 2019 afirma que "las desigualdades identifican a una sociedad desorganizada, débil y quebradiza. Se trata de una sociedad diversa que no busca cómo seguir juntos".

Tenemos una sociedad desorganizada, débil y quebradiza.

Lo que está experimentando nuestra sociedad es la polarización a causa de las desigualdades económicas. Existe un distanciamiento entre la población con recursos suficientes y sobrantes y la más pobre, con la característica de que en los últimos años este distanciamiento se produce con una mayor estrechez entre la clase social mediana, la de recursos suficientes, y una mayor concentración en los extremos, sobre todo en el que representa la clase social económicamente más

pobre. De esta manera, los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, por lo que el distanciamiento se consolida y se estabiliza.

Las desigualdades producen polarización.

La sociedad está quebrada en dos sociedades difícilmente conexas. Una minoritaria y estancada, aproximadamente el 20% del total de la población, que apenas intercambia con el 80% restante que constituye la sociedad mayoritaria. Ambas viven y se rigen por normas y códigos de conducta distintos. Hay estudios e informes que destacan que en la sociedad mayoritaria existen dos grupos, la población insegura, que puede llegar a representar un tercio de la población total y el resto, aproximadamente la mitad, que cada vez es más indiferente a lo que ocurre a los demás. De esta manera podemos apreciar dos tipos de desigualdades respecto a la sociedad más pobre y excluida socialmente: la primera experimentada por las personas inseguras que aún tienen un papel útil para el sistema y que sirven para el mantenimiento de las estructuras y las instituciones propias del mismo y la segunda, generada en quienes no sufren exclusión, que suelen echar en cara a los excluidos su desafección y malestar y que forman una sociedad paralela que ignora a los no iguales.

En España tenemos una sociedad integrada y otra excluida.

Este distanciamiento tiene sus consecuencias en el orden social porque se produce una identificación entre las élites económicas y sociales y las políticas, de manera que estas se dedican a defender sus intereses a través del poder de decisión

que tienen, mientras que el resto de la población se siente inmersa en un anonimato que le lleva a la desconfianza y a la inseguridad. La desconfianza es fruto del distanciamiento entre la cotidianeidad de la población, con sus quehaceres, problemas y soluciones, y el supuesto realismo que se vive desde las esferas de poder. La mayor parte de la población no se siente representada.

En general, la inseguridad surge por el aumento de las situaciones de pobreza y exclusión social aparecido a raíz de los efectos de la crisis económica del 2008 y de la actual pandemia que, entre otros, se traduce en un mayor trato discriminatorio en el ejercicio de derechos básicos como lo pone de manifiesto el difícil acceso al trabajo y las situaciones de precariedad laboral, la privación material severa, la exclusión residencial, la pobreza energética, etc.

Todas ellas están reforzadas por el incumplimiento de la premisa de que "la justicia es igual para todos". La sociedad insegura ve que sus lazos con la sociedad segura han entrado en un proceso de debilitamiento continuado que los hace difícilmente recuperables.

La sociedad insegura se deteriora cada vez más.

2.2 La desigualdad perdurable

Centrándonos en las situaciones de mayor vulnerabilidad, uno de los principales efectos de la pobreza inmersa en nuestra sociedad e inducida

por el funcionamiento del sistema económico, que también lo es social, político y cultural, es su reproducción social. La pobreza se adquiere al nacer y se consolida a lo largo de la vida mediante la relación social y la experiencia escolar y laboral, pero sobre todo por la falta de oportunidades de vida en un contexto de incremento de la desigualdad social y de debilitamiento del Estado. Esta última circunstancia ha sido objeto de especial atención por parte del informe del Relator Especial de las Naciones Unidas, referido anteriormente, porque el Estado ha de ser el responsable último de la redistribución de bienes, de la provisión de los servicios públicos básicos y universales y de la legislación que ha de servir para delimitar las reglas de juego del sistema. Se trata de la protección a las víctimas de las situaciones de abuso y de privación de disfrute de los derechos más fundamentales, en definitiva, de la cohesión social.

La vulnerabilidad social se reproduce.

Si la pobreza se adquiere desde el inicio de la vida, como punto de partida, el hecho de que no pueda corregirse es responsabilidad de la falta de voluntad política y de la debilidad del Estado para compensarlo. Si es cierto, como hemos indicado al principio, que somos una sociedad plural, que es sinónimo de riqueza, no podemos permitirnos que no existan mecanismos, o no se apliquen, para paliar los resultados de nuestra dinámica económica y social, que por descontado no ofrece las mismas oportunidades a todo el

mundo. La posición y el origen social afectan a las oportunidades, pero no debe predecir resultados, ni tampoco nuestro comportamiento en sociedad.

Existe una transmisión intergeneracional de la pobreza.

Esta transmisión intergeneracional de la pobreza si se perpetúa, también perpetúa las desigualdades. El hecho de no poder disfrutar de oportunidades, así como la existencia de una sociedad insegura, facilita que en cada crisis económica se ensanche la distancia entre la población que vive con holgura, la minoritaria, y la que vive al día y con limitaciones. Entre esta última, la que se ha criado entre dificultades duplica a la que no, lo que supone un dato más que corrobora la idea de que crecer en medio de carencias supone un lastre muy pesado que acompaña y dificulta la movilidad social y el desarrollo de capacidades.

Existen diferentes estudios e informes que demuestran la elevada correlación entre el nivel de instrucción de padres e hijos. La educación en el hogar requiere tiempo y dedicación y la formación en el colegio exige la disponibilidad de medios materiales adecuados. Ambas circunstancias son difíciles de corregir, más si los hogares padecen déficits estructurales o problemas de relación como en los casos de familias desmembradas, rotas o monoparentales.

2.3 Los procesos de exclusión

La formación de los padres está relacionada con la de los hijos.

Es importante entender que la población más vulnerable ha llegado a la situación de exclusión social a causa de un funcionamiento económico y social, caracterizado por la dinámica explicada en los apartados anteriores. Esta dinámica se caracteriza por un conjunto de procesos de exclusión que afectan a diferentes grupos de población. La peor de las consecuencias se produce cuando una persona, familia o grupo de población vive inmersa en varios de los procesos de exclusión, que es precisamente lo que está ocurriendo en los últimos años y que lleva a la identificación de situaciones de cronicidad dentro de la exclusión social.

La exclusión social es resultado del funcionamiento de la sociedad.

Pasamos a describir diferentes procesos de exclusión que han sido objeto de mayor atención y análisis. Entidades como las Cáritas diocesanas reconocen que la pobreza económica, el empleo y la vivienda se han ido convirtiendo en los principales "males" de nuestra sociedad, que afectan a un número cada vez mayor de personas y familias sobre los cuales los recursos públicos y privados para dar apoyo a las personas que los sufren también van en aumento. Podemos encontrar informes y estudios que detallan con más precisión las causas y efectos de los mismos.

a. La pobreza monetaria y las privaciones

Antes de la pandemia la recuperación macroeconómica proclamada en los últimos años estaba

aún muy lejos de beneficiar a las personas y grupos sociales que habían perdido renta real (poder adquisitivo) desde el inicio de la crisis económica del 2008. Además, las diferencias entre los perdedores cada vez eran mayores, por lo que no se dibuja un escenario uniforme entre la población con bajos recursos económicos.

La recuperación posterior a la crisis no ha llegado a los más desfavorecidos por esta.

En este escenario destaca un claro empeoramiento en las condiciones de vida de las personas más pobres que se refleja en las privaciones materiales, severas y no severas, y en la brecha de la pobreza, que representa la diferencia entre las rentas más bajas por debajo del umbral de pobreza y este mismo. A la vez, existen diferencias importantes según el género, la edad y la nacionalidad de las mismas.

En este sentido el informe EAPN[10] del 2018 declara lo siguiente: "En resumen, a dos años de finalizar el decenio, y a pesar de las leves mejoras registradas en los últimos tres años, será muy difícil cumplir los objetivos de pobreza y/o exclusión social comprometidos en el marco de la Unión Europea. Incluso más, es muy probable que ni siquiera sea posible mantener los mismos niveles que existían en el año 2009, tanto para las variables implicadas en los objetivos explícitos, tales

10 EAPN (European Anti Poverty Network) o Red Europea de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social formada por ONG y otros grupos involucrados en la lucha contra la pobreza y la exclusión social en los Estados miembros de la Unión europea creada en el año 1990.

como la tasa de riesgo de pobreza y la pobreza infantil, como para otros indicadores que reflejan la calidad de vida de las personas" (pp. 7).

Las previsiones dicen que no podremos cumplir las rebajas de pobreza previstas.

Los objetivos a los que hace referencia el informe son los de la *Estrategia Europea 2020* referida anteriormente. Su finalidad no es solo superar la crisis que continúa azotando a muchas economías europeas, sino también subsanar los defectos del modelo de crecimiento para crear las condiciones propicias para un tipo de crecimiento distinto, más sostenible e integrador, entendiendo por este último como un crecimiento orientado a reforzar el empleo y la cohesión social y territorial. En este sentido el compromiso es el de reducir al menos en 20 millones el número de personas en situación o riesgo de pobreza y exclusión social.

Hay que buscar un tipo de crecimiento distinto.

Terminado el periodo de vigencia de la Estrategia en España no se ha cumplido con el objetivo de reducción de la pobreza y exclusión social al que se había comprometido con Europa. Los indicadores propuestos para su evaluación, entre ellos la pobreza económica y la privación material severa no sólo no se han reducido, sino que, al contrario de lo sucedido en la mayoría de los países europeos, se han incrementado a pesar de que en términos nominales los datos de renta media, PIB y salarios han ido aumentando en los últimos años.

Tomado como referencia el indicador *Tasa de pobreza y/o exclusión social* (tasa AROPE)[11]11 el último dato disponible para España indica que es 4,3 puntos porcentuales superior a la media de la UE y la séptima más alta de todos los países miembros. Además, España es el cuarto país con peor evolución de la tasa desde el año 2008. En el año 2019, un total de 11.870.000 personas, que suponen el 25,3% de la población española estaba en riesgo de pobreza y/o exclusión social.

España es uno de los países europeos en los que peor se comporta la pobreza.

La reducción de la pobreza en los últimos años se ha notado poco de manera que actualmente aún se encuentra muy próxima su máximo histórico. La privación material severa aún se mantiene por encima de la registrada el año 2008, lo que equivale a un incremento del 30%.

En cuanto al riesgo de pobreza económica, que sitúa a las personas con ingresos monetarios por debajo del umbral de pobreza (60% de la mediana de los ingresos a nivel de país y que se situaba en 9.009 euros anuales), cerca de 10 millones de personas siguen en esta situación (un 20,7% de la población española) manteniéndose aún por encima de los registros anteriores a la crisis.

---

11 El indicador AROPE (At Risk Of Poverty and/or Exclusion) es un indicador creado por la Red Europea de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social (EAPN) que trata de medir la pobreza y la exclusión social en base a una serie de parámetros entre los que se incluye el riesgo de pobreza, la privación de recursos y el empleo.

Con un crecimiento económico nominal (PIB) del 21% en los últimos cinco años la pobreza económica sólo ha disminuido en 1,5 puntos porcentuales. Por ello podemos afirmar que el crecimiento económico, por sí solo, no reduce la pobreza.

El crecimiento económico no ha reducido la pobreza.

La privación material severa (PMS) para el año 2019 se situaba un 30% superior a la registrada en el año 2008. La privación material severa no es homogénea y registra variaciones importantes entre algunos grupos o segmentos de población. Entre las situaciones de privación las más preocupantes son aquellas en las que las familias no pueden permitirse una comida de carne, pollo o pescado cada dos días, cuya tasa se ha incrementado al 3,8% de la población total. Este nivel en un indicador tan sensible como es la capacidad de alimentarse adecuadamente muestra la debilidad de la calidad de vida de los grupos de población más pobres y entra en contradicción con la supuesta recuperación económica.

La privación en España también es muy elevada.

El 49,3% de la población española tiene alguna clase de dificultad para llegar a fin de mes, con lo que aproximadamente la mitad de la población española vive en el límite de sus posibilidades. Aunque en los últimos años este indicador se ha reducido ligeramente se trata de una mejora insuficiente porque da a entender que existe una porción importante de población que es frágil, en el sentido de que ante contratiempos y problemas sobrevenidos puede padecer enormes dificulta-

des económicas y sociales, como está pasando en el actual contexto de la pandemia del coronavirus.

Casi la mitad de la población tiene alguna dificultad.

El empeoramiento de las condiciones de vida de las personas más pobres pone de manifiesto la brecha de pobreza, que se entiende como la cantidad de dinero que necesita una persona pobre para dejar de serlo (diferencia entre sus ingresos y el umbral de pobreza). En el último año se ha incrementado al 29,1% por lo que no sólo hay más personas pobres, sino que buena parte de ellas aún lo son más.

La pobreza severa agrupa a las personas que viven en hogares con ingresos extraordinariamente bajos (cuya renta está por debajo del 40% de la mediana que para el año 2019 representaba 6.006 euros al año, o unos 500 al mes). Este mismo año, aproximadamente el 9,2% de la población (unos 4,3 millones de personas) vivían en pobreza severa, con lo que algo menos de la mitad de la población pobre vive en pobreza severa.

La pobreza severa recoge a quienes peor están.

Como resumen podemos indicar que la situación económica y de privaciones sobre necesidades básicas para la población más insegura y la excluida no ha mejorado, o lo ha hecho insuficientemente, respecto la situación de pre-crisis. Este resultado se ha producido a pesar de que los indicadores macroeconómicos, y en términos nominales (que no garantizan que en términos reales tengan el mismo

significado), han supuesto mejoras económicas y sociales de las que solo una parte de la población se ha beneficiado. De esta forma se afianza la idea de que las desigualdades se generan y se consolidan como resultado de la construcción social en la que nos desenvolvemos y que refuerzan el distanciamiento entre los diferentes grupos sociales. Así es como se refuerza la polarización social y la desconexión entre los grupos.

La polarización social y la desconexión entre grupos socioeconómicos se incrementa.

b. La precariedad laboral y la exclusión del trabajo

En las últimas décadas se ha ido produciendo una mayor fragilidad en las relaciones de trabajo y un aumento del desempleo que no se distribuye por igual entre todos los sectores ni grupos de población.

La fragilidad ha sido consecuencia del deterioro en las condiciones de trabajo para las personas trabajadoras de menor formación y cualificación profesional, así como para determinados grupos de población que por sus características personales son objeto de discriminación laboral como son los jóvenes, las mujeres, las personas mayores y las personas de origen extranjero. Por este motivo, la figura del trabajador pobre toma mayor protagonismo entre el colectivo de población económicamente pobre. Las principales manifestaciones de este deterioro son las contrataciones temporales, las de a tiempo parcial involuntario y los bajos salarios. Así mismo la siniestralidad la-

boral también se ha concentrado en determinadas actividades en las que se encuentran las personas trabajadoras de menor cualificación y en las que el trabajo físico predomina sobre el intelectual.

Existe una mayor fragilidad en las relaciones de trabajo.

En el año 2019 el 90,4% de los contratos firmados durante todo el año fueron temporales, suponiendo un índice de rotación laboral del 2,93, más elevado que los años anteriores. Este índice representa que, de media, cada persona que fue contratada durante el año firmó cerca de tres contratos. Sólo la mitad de ellas firmó un único contrato. La duración de los contratos temporales ha ido disminuyendo porque más de un millón de personas firmaron más de 4 contratos anuales (entre ellos cerca de doscientas mil firmaron hasta más de 15 contratos). Esta rotación entre contratos de trabajo lleva a continuas entradas y salidas del empleo que no garantizan una estabilidad laboral ni en las condiciones de vida de las personas que las protagonizan.

Hay un alto porcentaje de contratos temporales.

Por este motivo, no es de extrañar que la temporalidad en España se situé en el 24,6% de las personas trabajadoras con contrato, siendo superior en 4 puntos porcentuales entre las mujeres, y muy por encima de la media europea que es del 13,8%.

Paralelamente, los contratos a tiempo parcial también han ido en aumento realizándose principalmente en actividades de servicios y en em-

pleos que requieren baja cualificación profesional que, mayoritariamente, es ocupado por mujeres. El último dato disponible indica que un 14,5% del empleo en España es a tiempo parcial, siendo de un 6,8% para los hombres y de un 23,4% para las mujeres. El incremento global del empleo en los últimos años ha tenido la trampa de que buena parte del mismo ha sido a tiempo parcial. De este, más de la mitad está ocupado por personas que manifiestan que si encontrasen un empleo a tiempo completo lo aceptarían en las circunstancias actuales, por lo que más de la mitad es empleo a tiempo parcial involuntario. En el caso del empleo a tiempo parcial voluntario, más de un 15% lo ejerce por motivos de necesidad de tiempo para atender a obligaciones familiares y tareas de cuidados, de los que un 95% de los casos corresponden a mujeres.

Existen muchos contratos a tiempo parcial no deseados.

Los contratos temporales y los vinculados a puestos de trabajo de baja cualificación, que fueron los primeros en desaparecer con la crisis, han vuelto a protagonizar la recuperación del empleo.

Estas circunstancias, junto con la evolución de los salarios, ponen de manifiesto la figura del trabajador pobre, que ya existía, pero con menor incidencia. En la actualidad el 13,2% de las personas trabajadoras son económicamente pobres, de manera que sus ingresos anuales procedentes del trabajo no llegan al umbral de pobreza económica. Así mismo, en el cálculo de la tasa de

Una parte de la población no busca empleo porque está desanimada.

pobreza y/o exclusión social, el indicador de baja intensidad en el trabajo pone de manifiesto que el 10,8% de las personas menores de 60 años (unos 3,8 millones de personas) viven en hogares con baja intensidad de trabajo[12], cifra superior a la registrada en al año 2008.

Ha aparecido la figura del trabajador pobre.

En cuanto al desempleo, una de las características actuales es que su aumento ha sido consecuencia de la desaparición de puestos de trabajo y de su posterior substitución por otros de características distintas que, además, no han sido ocupados por las personas expulsadas por el proceso de destrucción de empleos. La temporalidad en el empleo también ha dificultado la estabilidad laboral de un grupo importante de personas que, al no poder consolidar su cualificación laboral, deambulan entre diferentes trabajos, poco cualificados y mal pagados, y los alternan con situaciones de desempleo y trabajo en la economía sumergida. También se da la circunstancia de que las dificultades en acceder a un puesto de trabajo se alargan en el tiempo provocando largos períodos de inactividad, por lo que el número de personas paradas de larga duración y de difícil reinserción laboral se ha consolidado en porcentajes elevados respecto el total de personas paradas.

12 La baja intensidad en el trabajo hace referencia a las personas mayores de 18 años que hayan trabajado menos del 20% de su potencial de trabajo en el último año.

Según los últimos datos disponibles, un 16,1% de la población activa se encuentra en situación de paro lo que significa que 3,7 millones de personas buscan empleo, siendo superior en el caso de las mujeres (18,3%). El paro de larga duración, que se produce cuando una persona lleva un año o más buscando empleo, se sitúa en el 40,4% de totas las personas paradas, cerca de 1,4 millones de personas, siendo también superior en el caso de las mujeres con un 43,4%.

Existe un elevado porcentaje de paro de larga duración.

Al deterioro de las condiciones de trabajo y al aumento del desempleo se suma el abandono de población activa del mercado de trabajo por motivos de desánimo. Se trata de las personas que por las dificultades que tienen en encontrar un empleo optan por no buscarlo, acomodándose como población inactiva dependiente de las prestaciones sociales. La inestabilidad laboral y la alternancia de situaciones de empleo y desempleo no estimula a un importante grupo de personas a buscar empleo complementando, si pueden, los ingresos procedentes de las prestaciones sociales con trabajos en la economía sumergida. Es una manera de obtener conjuntamente una cantidad de dinero suficiente para garantizar un mínimo nivel de vida.

Una parte de la población no busca empleo porque está desanimada.

No hay duda que la crisis económica del 2008 ha hecho mella y ha dibujado situaciones como las descritas. Además de los efectos propios de una crisis económica sobre la población más vul-

nerable y la que se encuentra en la frontera de la pobreza hay que añadir la deficiente gestión de la salida de la crisis. Esta ha llevado a que diez años después, y tras unos pocos de recuperación, la situación económica y social para buena parte de la población aún esté peor que antes y que para otra parte de la población que ha podido beneficiarse de la recuperación su situación aún sea inestable e insegura.

Todas estas situaciones ponen de manifiesto que las dificultades en el acceso al empleo y las deficientes condiciones de trabajo se generalizan y empujan a diferentes grupos de población a formar parte del *precariado*[13], que a su vez compiten en condiciones desiguales por unos mismos puestos de trabajo y con distinta suerte.

Ha aparecido una nueva clase social denominada "precariado".

El porcentaje de hogares con la persona sustentadora principal en paro se mantiene en niveles muy elevados al margen de la coyuntura económica del momento. Sus fluctuaciones son cada vez menos sensibles a las del ciclo económico, porque las crisis económicas sirven para aumentarlas y las recuperaciones no son suficientes para una disminución significativa. En la actualidad, el porcentaje de hogares con el sustentador principal en situación de paro de larga duración es tres veces superior al del año 2007. La presencia de población sin nacionalidad española en

13 Clase social formada por personas que sufren precariedad laboral y condiciones de vida poco predictibles o inseguras.

esta circunstancia es muy elevada, de manera que junto a la de hogares con persona sustentadora monoparental muestran una gran desprotección familiar con efectos nocivos para sus integrantes.

La falta de empleo suele ser el detonante de una serie de procesos que llevan a muchas familias a situaciones de vulnerabilidad o exclusión social porque, si como hemos indicado anteriormente, la exclusión social es el resultado de un proceso, la exclusión en el empleo supone una mayor propensión a ser objeto de exclusión en el resto de dimensiones que la engloban. El estado de salud, física y mental, las relaciones sociales, las condiciones de vivienda, entre otras, pueden verse afectadas por la pérdida de empleo. Las diferentes dimensiones de la exclusión se retroalimentan en lo que se refiere a las oportunidades a lo largo de la vida.

La falta de empleo lleva a situaciones de vulnerabilidad.

Cuando una persona se encuentra inmersa en algún tipo de exclusión le aumentan las posibilidades de ser objeto de discriminación en procesos de selección de personal para conseguir un empleo y en el mismo empleo. Su mayor presencia en situaciones de precariedad laboral es una evidencia. Por ejemplo, los hogares sustentados por una mujer monoparental tienen mayor presencia en situaciones de exclusión laboral.

Las situaciones de exclusión dificultan encontrar empleo.

Otro elemento a considerar vinculado más directamente con la exclusión del trabajo son las

situaciones de inactividad. Hemos indicado anteriormente que existe una parte de la población parada que abandona el mercado de trabajo para pasar a la inactividad, se trata de la población desanimada. Esta no es la única situación de inactividad.

Entendemos por personas inactivas las que no buscan un empleo por una opción personal o bien porque existen circunstancias personales que le impiden hacerlo (como la jubilación, la invalidez, etc.). En la inactividad destaca la posición de la mujer dado que domina en las situaciones de labores del hogar y de pensionista con ingresos distintos a los de la jubilación. En el primer caso por responsabilizarse de las tareas domésticas de atención a las necesidades y a las personas y en el segundo por su menor participación en el mercado de trabajo y mayor dependencia de otro miembro de la unidad familiar, generalmente su cónyuge, por lo que su pensión no está vinculada con la trayectoria laboral. El hecho de que la inactividad entre las mujeres sea más elevada que entre los hombres es un reflejo de su discriminación estructural que se manifiesta en una mayor dependencia económica respecto de estos, circunstancia que coincide con su mayor riesgo de pobreza y exclusión social. La inactividad de las mujeres que son las sustentadoras principales del hogar es del 49,2%, frente a un 23,9% de los hombres.

Entre la población inactiva unos 8 millones de personas (aproximadamente la mitad), no reciben ningún tipo de ingreso. En estos casos: ¿cuál será su fuente de financiación? En líneas generales las personas inactivas necesitan del apoyo de otras para garantizarse unas condiciones de vida dignas. La fuente más importante suele ser la familia que es el principal referente de las relaciones personales y sociales. Actualmente en España en cerca de 6 millones y medio de hogares, que representan un 45,1% del total, no entran ingresos del trabajo ya sea porque todos sus miembros son inactivos (suelen ser personas mayores jubiladas) o porque las personas activas están todas en el paro. En estos casos el apoyo que reciben es limitado cuando lo hay. La protección social es la principal fuente de ingresos para estos hogares.

Mucho más porcentaje de mujeres son inactivas.

c. Otras dimensiones de la exclusión

Las condiciones de acceso y de mantenimiento de las viviendas constituyen uno de los principales elementos de exclusión junto a la pobreza económica y el empleo porque dejan en una situación de debilidad a la población que las padecen. Las condiciones de vivienda suponen en muchos casos situaciones que dificultan la integración social de muchas personas.

La protección social es la principal fuente de ingresos en muchas familias.

El concepto de exclusión residencial surge a raíz de las situaciones a las que se llegan por no disponer de una vivienda digna y adecuada,

Las condiciones de la vivienda son un importante elemento de exclusión.

por vivir en una vivienda que no reúne las condiciones mínimas necesarias para un desarrollo adecuado de las personas que la habitan. En esta situación se encuentran las personas que viven en infraviviendas, en viviendas con deficiencias graves en la construcción, humedades, hacinamiento, tenencia de la vivienda en precario, entorno muy degradado, barreras arquitectónicas en viviendas con personas con discapacidad o gastos excesivos en la vivienda.

En la actualidad cerca de 800.000 hogares, que representan unos 2,1 millones de personas sufren situaciones de inseguridad en la vivienda, lo que supone que afecta a 4 de cada 100 hogares en España. Esta inseguridad se traduce en que no se sabe si se podrá seguir residiendo en dicha vivienda en el corto o medio plazo.

Muchas familias en España sufren inseguridad en la vivienda.

La vivienda inadecuada afecta a unos 7 de cada 100 hogares lo que supone falta de confort y de condiciones adecuadas para residir.

Los niveles de exclusión residencial no han aliviado la presión económica de los hogares más vulnerables a pesar de la mejora económica posterior a la crisis del 2008. La población joven, la extranjera y en gran medida las familias monoparentales son los colectivos más afectados por esta exclusión.

La pobreza energética también afecta a este tipo de hogares vulnerables y de entre ellos los liderados por mujeres, presentando los peores niveles de pobreza.

La subida de los precios de la vivienda, tanto en propiedad como en alquiler perjudica todavía más a los hogares en situación más difícil.

Existe un problema de pobreza energética.

El derecho a la vivienda está quedando cada vez más lejos para un mayor número de personas, de manera que, si no se abordan medidas integrales y de carácter universal, como sucede con otros derechos como la sanidad y la educación, aumentaran y se agravaran las situaciones de exclusión social que continuarán siendo un riesgo para la sostenibilidad económica de nuestras sociedades, como reconoce FOESSA[14]14 que está sucediendo recientemente.

2.4 La protección social insuficiente

El informe del Relator Especial de las NNUU referido al inicio destaca tres características sobre la protección social en España: la asistencia social no combate eficazmente la pobreza, gasta comparativamente poco y la excesiva burocratización del sistema de asistencia social es una de las principales causas de exclusión.

14 La Fundación FOESSA (Fomento de Estudios Sociales y Sociología Aplicada) se constituyó en 1965, con el impulso de Cáritas Española para conocer de forma objetiva la situación social de España.

La asistencia social no combate eficazmente la pobreza en nuestro país.

En el primer caso, el impacto de las transferencias sociales en la reducción de la pobreza en España hace que sea el sexto más bajo de los países de la UE. En nuestro país, en el año 2019 mediante las transferencias sociales se logró reducir la tasa de riesgo de pobreza en un 22,9% mientras que el promedio de la UE fue del 33,2%. Existen informes que indican que cerca de 2 millones de personas que vivían en situación de pobreza no utilizaban los mecanismos de protección social.

La asistencia social está muy burocratizada

Cuando las ayudan llegan a quienes las necesitan su cuantía puede ser extremadamente baja, como ocurre con las prestaciones no contributivas que, para el año 2020, se establecían en 5.538,4 euros anuales.

Referente al gasto, los últimos datos disponibles corroboran que el gasto público en protección social respecto del PIB es menor que el gasto medio en la Unión Europea. Así mismo el gasto por habitante fue de más de dos mil euros anuales menor, una diferencia de aproximadamente un 40% menor. Además, la media europea refleja que los estados europeos, en su conjunto, transfieren más dinero para complementar las recaudaciones por cotizaciones con el objetivo de poder financiar mejor toda la protección social, un esfuerzo que en el caso de España no sólo es menor sino también insuficiente.

Finalmente, los requisitos exigidos en cuanto a documentación para acogerse a algún tipo de prestación suponen grandes dificultades para el acceso a las mismas por parte de las personas potencialmente beneficiarias, lo que para el Relator se presenta como irrazonable e injusto.

Gastamos menos de la media europea en asistencia social.

Durante la gestión pública de los efectos de la pandemia del Covid-19 estas tres características destacadas por el relator se han sido más evidentes y se han intensificado.

2.5 Una pandemia que llega a un país desigual y con riesgos

Se ha comentado anteriormente que antes del inicio de la pandemia España ya era uno de los países más desiguales de Europa. Uno de los indicadores que mejor reflejan el nivel de desigualdad es el índice de Gini, el cual refleja un nivel actual de 33,2 para el año 2018, siendo para la UE del 30,8 (más próximo a 0 mayor igualdad, más próximo a 100 más desigualdad). España es el sexto país europeo con el nivel más alto.

España es uno de los países más desiguales de Europa.

Los principales motivos del mantenimiento de la desigualdad en niveles altos son la deficiente estructura del mercado de trabajo, el desigual reparto de rentas entre capital y trabajo protagonizado en la salida de la anterior crisis económica que ha seguido la tendencia existente anterior-

mente y el débil sistema redistributivo del gasto público español.

Si antes de la irrupción de la pandemia España mantenía una desigualdad superior a la existente a los años previos a la crisis de 2008, no es de extrañar que sus efectos hayan golpeado de manera también desigual a las personas, porque como se ha observado durante los años 2020 y 2021 con lo que la incidencia del virus depende en buena medida de su situación socioeconómica. El grado de exposición al virus, y a las enfermedades infecciosas en general, dependen en gran parte de la posibilidad o la capacidad que tiene cada persona o familia para adoptar todas las medidas necesarias para protegerse.

Las condiciones socioeconómicas también han influido en como afrontar el virus.

Las desigualdades en salud están directamente relacionadas con las condiciones de vida, por lo que, por ejemplo, el tamaño de las viviendas, la exposición a espacios públicos y privados suficientemente amplios y abiertos, la necesidad de desplazamiento para acudir al trabajo y los medios utilizados para el mismo, así como las posibilidades de teletrabajar han sido, y siguen siendo, muy importantes.

Durante el año 2020 el PIB en España se redujo en un 11,4% y el desempleo aumentó hasta alcanzar el 17%, con lo que, según datos de Oxfam Intermon, la pobreza económica aumentaría del 20,7% al 22,9% del total de la población, cosa

que implica un millón de personas más por debajo de la línea de pobreza, hasta alcanzar 10,9 millones de personas. Esta cifra está por encima de la tasa de pobreza del 2015 que fue la peor de la década anterior.

Así mismo las previsiones indican que la pobreza severa podría haberse incrementado hasta el 10,8%, afectando a unos 5,1 millones de personas.

Un reflejo de que las crisis se traducen en mayores niveles de desigualdad es que aproximadamente el 10% de la población más pobre ha perdido, desde el inicio de la pandemia, hasta siete veces la renta que pierde el 10% de la población más rica. Siguiendo la evolución de la situación de toda la población española el 20% de la población más pobre acumula la mayor parte de las pérdidas de renta disponible.

El virus ha incrementado los niveles de desigualdad en España.

Al finalizar el año el número de milmillonarios españoles había aumentado, así como su riqueza. Esta realidad contrasta con la de millones de personas que en España han visto disminuir sus ingresos por la pérdida de empleo, o de otras fuentes de financiación, y que se ven abocadas a la pobreza.

Por consiguiente, España se enfrenta a un mayor incremento de las desigualdades, lo que supone un retroceso de varios años respecto a los logros conseguidos recientemente. El año 2020

ha protagonizado el mayor incremento de la desigualdad en un único año en toda la década.

La evolución negativa de la actividad económica ha llevado a la disminución en la actividad de muchas empresas y al cierre de otras, por lo que se ha producido un notable descenso en la remuneración de miles de personas asalariadas y en la obtención de ingresos provenientes de otras fuentes. El impacto de esta evolución se ha concentrado en los sectores de actividad con salarios más reducidos, donde las mujeres, los jóvenes, las personas de nacionalidad extranjera y las de menor formación profesional estaban más presentes.

El impacto económico del virus se ha concentrado en los salarios más reducidos.

El aumento del desempleo ha afectado a cerca de medio millón de personas, siendo los grupos de población citados anteriormente los más afectados. Se estima que la cifra de personas paradas ronda ya los 4 millones. A pesar de ello, medidas como los ERTES[15] han impedido que hablemos de cifras más elevadas, aunque las expectativas no auguran que esta contención pueda mantenerse por mucho más tiempo.

Los meses de confinamiento tampoco han permitido que los sectores de actividad estacional hayan contratado al personal necesario para el desarrollo de sus actividades, por lo que se han perdido muchas oportunidades de empleo.

15 ERTE: Expediente de Regulación Temporal del Empleo

La caída generalizada en las contrataciones se ha traducido en un reducido dinamismo del mercado de trabajo que castiga particularmente a aquellas personas que ya estaban en situación de desempleo, a aquellas que se incorporan al mismo o a las que disponen de una oportunidad, aunque sea estacional, para ocuparse.

Ha habido una gran caída de las contratacions.

Ante este panorama se han adoptado una serie de medidas anti-Covid que han dado un resultado positivo pero insuficiente. Han servido para parar un gran golpe mucho más doloroso porque en términos de Gini las prestaciones sociales han reducido la desigualdad. A pesar de ello, la llamada "nueva normalidad" a partir del verano del 2020 con la relajación de las medidas de confinamiento más restrictivas supuso que la reducción de la desigualdad fuese inferior a la prevista. A pesar de las transferencias públicas, la desigualdad es mayor entre los grupos de edad más jóvenes, las mujeres y las personas que se encuentran en situación administrativa irregular. Estos últimos, por motivos obvios, no pueden acceder a las ayudas y prestaciones públicas y, además, han salido más perjudicados por el hecho de que mayoritariamente trabajan en actividades de la economía sumergida y estas también se han visto paralizadas.

Aunque sea previsible por la experiencia de otras crisis, la salida de la crisis de la pandemia será incierta en términos de desigualdades económicas y sociales porque las personas más desfa-

vorecidas pueden verse atrapadas en un ciclo de crisis permanente mientras el resto tendrá opciones para emprender su camino hacia la recuperación.

Con todo lo expuesto anteriormente podemos decir que esta pandemia ha supuesto un golpe de realidad. Al igual que la crisis de inicios de siglo trasladó el impacto de la economía financiera a la economía real y reveló unas prácticas y funcionamientos en los mercados financieros escasamente relacionados con la producción real de bienes y servicios, el extraordinario nivel de contagios, y lamentablemente de muertes, junto a las dificultades que estamos teniendo para encontrar soluciones eficaces nos muestra nuestra finitud: no somos capaces de todo, aunque somos capaces de mucho.

La pandemia ha sido un golpe de realidad para todos.

3. Y…¿qué nos pasó?

Una vez descrita la situación social desde un punto de vista analítico o técnico, queremos acercar la mirada a las personas. Queremos compartir con los lectores la experiencia que ha supuesto y sigue suponiendo la pandemia para nosotros como directores de dos Cáritas diocesanas. Destacaremos esos aspectos que nos preocupan, que van más allá de los datos y que tocan lo más íntimo de la vida de las personas.

3.1 Somos frágiles, vulnerables

Antes de escribir estas líneas, en nuestra "vida anterior", surgió la noticia de una extraña enfermedad que no preocupaba mucho e incluso llevó a la burla, fundamentalmente porque ocurría lejos y porque el continuo progreso científico y tecnológico de la humanidad durante los últimos siglos parecía habernos llevado a una sensación de práctica omnipotencia, rozando la soberbia. A pesar de las noticias que llegaban, parecía que las epidemias eran cosas del pasado o de países menos desarrollados que el nuestro. Sin embargo, esta pandemia ha mostrado nuestra **fragilidad** como seres vivos y también como sociedad.

El virus nos ha mostrado nuestra fragilidad como seres vivos y como sociedad.

La idea de dar todo por hecho y por sabido, por superado y discutir, e incluso generar problemas nuevos, no es novedosa. Ya existía, aunque no relacionada con la salud. Las personas que acompa-

ñan a las personas en situación de exclusión social y, sobre todo, éstas últimas, la llevan oyendo muchos años, incluso décadas. El video de presentación del Informe de la Fundación FOESSA (2019) es un reflejo de cómo la realidad que vemos no es siempre la que efectivamente ocurre. Ya éramos frágiles, pero no queríamos verlo. No queríamos reconocer nuestra debilidad. La visión mayoritaria en la sociedad sobre una persona sin hogar o en otro tipo de exclusión era que "algo habrá hecho", "es su culpa", "no ha sabido aprovechar las oportunidades que nuestra sociedad ofrece" u otras frases parecidas y en el mismo sentido. Sin embargo, cuando escuchamos a estas personas comprobamos que cuestiones tan ordinarias, aparentemente, como una ruptura sentimental o la pérdida del puesto de trabajo, disparan un proceso no deseado ni elegido que lleva a la exclusión.

Los detonantes de la exclusión pueden ser muchos.

Esta fragilidad está muy relacionada con nuestros valores. En este sentido queremos compartir el análisis realizado por Kiko Lorenzo en su obra *Metáforas para entender la crisis*[16] donde nos hablaba sobre los valores predominantes en nuestra sociedad desde la crisis financiera de la anterior década. Según este autor, vivimos en una sociedad:

- De "usar" y "tirar". Consideramos que las cosas, y peor aún las personas, son necesarias cuando son útiles, y cuando dejan de

16 Cf. F. Lorenzo, *Metáforas para entender la crisis (y no volver a repetirla)*, Boadilla del Monte (Madrid) 2016.

serlo se pueden desechar, sean objetos o personas;

- Donde se cree que "más siempre es mejor". Esta idea nos lleva al crecimiento sin límite y al hiperconsumismo;
- Que confunde valor y precio. De nuevo aplicamos este valor tanto a los objetos como a las personas. Si suponemos que algo es de mejor calidad cuanto más caro es, también pensamos que alguien es mejor cuanto más dinero gana;
- Caprichosa, que confunde necesidad con deseo. No consumimos lo que necesitamos, sino lo que queremos o creemos necesitar;
- Basada en la comodidad. Como comenta Kiko Lorenzo, hemos pasado de los mártires, personas ejemplares porque están dispuestos a morir por lo que creen o piensan, pasando por los héroes, ejemplares porque están dispuestos a luchar por lo que creen o piensan, a las personas famosas, quienes son conocidas no por haber hecho algo especial para la comunidad sino simplemente por salir en programas de televisión o la prensa del corazón. Preferimos evitar lo que nos incomoda y nos saca de nuestra zona de confort;
- Y donde todo tiene fecha de caducidad. Este rasgo se da en múltiples facetas: en las relaciones sentimentales, en los matrimonios y en las relaciones laborales, por ejemplo. Todo, objetos y vida humana, parece estar sujeto a la obsolescencia programada.

Tenemos el reto de construir personas fuertes en estos tiempos turbulentos donde el miedo, la incertidumbre, la desesperanza o el cansancio lo dificultan. Es lógico que estemos cansados y es difícil mantener la ilusión si no reforzamos nuestros valores. Resistencia, constancia, realidad deberían ser nuestras palabras clave, no para resignarnos y aguantar hasta que esto acabe, sino para transmitir esperanza y consuelo a nuestro alrededor.

3.2 Vivimos en una sociedad desvinculada

Hemos comprobado también la **fragilidad de nuestra sociedad**. No somos como imaginábamos que éramos, aunque algunos ya lo adelantaban como el último informe FOESSA antes citado: el principal rasgo de la sociedad española era la desvinculación y, entonces, llegó la COVID-19. Pero… ¿de qué hablamos cuando decimos que la sociedad española está desvinculada? Estamos describiendo una sociedad en la que cada persona vive su vida despreocupándose de lo que le ocurre a los demás. Nos sirve utilizar como ejemplo un momento recogido en el Génesis donde Dios le pregunta a Caín dónde está Abel, y Caín responde: "¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?" (Gn 4,9). Los vínculos se debilitan e, incluso, se rompen cuando las personas nos despreocupamos de lo que pasa a nuestro alrededor y nos centramos en nosotros o, como mucho, en nuestro entorno más cercano como nuestra única preocupación.

La sociedad española está desvinculada.

Y, en concreto, ¿cómo se manifiesta esta **desvinculación** en nuestra sociedad? Ya hemos comentado al inicio de este cuaderno que usando información muy amplia sobre la exclusión y el desarrollo sociales - relacionada no solo con lo económico o el empleo, sino también con la educación, la salud, la participación social y política o las relaciones con otros miembros de la familia y del barrio donde las personas residen – en nuestra sociedad se pueden identificar diferentes grupos con realidades muy distintas. La cuestión complicada, muestra de la desvinculación, no es la existencia de estos grupos sino su progresivo distanciamiento donde unos se desentienden de los otros haciéndoles sentir marginados en la evolución actual y futura de nuestra sociedad.

Los integrados y los excluidos se distancian entre si.

En un mundo donde los cambios en las nuevas tecnologías y la globalización permiten mayores oportunidades para el desarrollo personal y profesional –e incluso el consumo– , únicamente una parte de la sociedad las aprovecha totalmente y, progresivamente, va dejando de ser empática y solidaria con el resto. Se va extendiendo entre ellos la idea de que, habiéndose generado esas mayores oportunidades, quien esté desempleado o trabajando en precario es el único responsable de su situación por no haberlas aprovechado. Es decir, estamos hablando de personas que no sufren los efectos más graves de las crisis y se creen únicos dueños y responsables de su destino.

Los integrados creen que lo son por sus propios méritos.

La falta de vínculos también se manifiesta en el otro extremo donde encontramos a los más excluidos. En este caso no esperan nada del resto de la sociedad porque sienten que no se les tiene en cuenta. Esta sensación de descarte se refiere al presente, pero afecta también a su futuro: no planifican y solo piensan en la supervivencia cotidiana porque no tienen alternativa. La sensación de sentirse al margen de la sociedad es algo real.

Para estos últimos la desvinculación con el resto se traduce en incertidumbre y desconfianza. En el primer caso existen situaciones de integración, aunque sea parcial por la precariedad laboral, los bajos sueldos y la baja formación profesional, que cuando aparece una crisis, como la derivada de la pandemia, las reduce llevando a sus protagonistas a situaciones de exclusión. Esto hace aumentar la bolsa de población excluida socialmente, con lo que aumenta la desconfianza porque se extiende entre aquellas personas que ya vivían una situación peor y que se les empieza a ver como competidoras.

Lamentablemente, sus temores se han convertido en realidades en la crisis que estamos sufriendo ahora.

Entre estos últimos también se encuentran los que en la anterior crisis se quedaron rezagados y se sienten olvidados y desprotegidos desde hace

tiempo. Su desconfianza está relacionada con la idea de que las instituciones no valen para ellos, aunque son quienes más puedan necesitarlas.

Los excluidos se sienten olvidados.

Como vemos, vivimos en una **sociedad fragmentada** donde los vínculos entre grupos, donde la experiencia de compartir una comunidad, una ciudadanía se va diluyendo, donde parece más importante el interés particular que el bien común. Ante esta situación, recordamos las palabras del Papa Francisco: "Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente"[17].

Estamos en una sociedad fragmentada.

La desvinculación antes comentada se imbrica con las consecuencias de la pandemia relatadas en el capítulo anterior. Aunque esta crisis sanitaria, a diferencia de otras crisis anteriores, está afectando de manera más o menos general a toda la población, su impacto y las posibles estrategias de adaptación están influidas por el grupo social al que las personas pertenecen. Así, la aceleración del cambio digital, que ya se atisbaba antes de la pandemia, que transforma el empleo, la educación o las relaciones con las Administraciones Públicas u otros servicios públicos o privados puede suponer una oportunidad de

17 FRANCISCO, "¿Por qué tenéis miedo?". Mensaje Urbi et orbi del Momento Extraordinario de Oración en tiempos de epidemia, 27 de marzo de 2020

mejorar el bienestar o una causa de exclusión. Mientras que, para algunos trabajadores, dadas sus competencias, el trabajo que desarrollan o los medios de que disponen, el confinamiento total o parcial les ha permitido una mayor conciliación de sus vidas laboral y familiar por el teletrabajo, para otros la pandemia ha supuesto una reducción de ingresos e incluso la pérdida total de éstos. Podemos encontrar una situación similar en lo ocurrido en la educación, desde la primaria a la universidad. No todos los alumnos han tenido las mismas oportunidades de adaptarse a las especiales circunstancias de la formación telemática. De nuevo, los alumnos con mayores medios tecnológicos o mejores posibilidades de apoyo educativo por parte de sus familias se han visto menos afectados por la falta de la educación presencial[18].

Las estrategias de adaptación dependen del grupo social al que se pertenece.

Las mayores oportunidades no solo han influido en el impacto de lo digital. Cuestiones como el empleo o la vivienda presentan asimismo efectos diferenciados según las oportunidades vitales a las que cada uno puede optar. El confinamiento, por ejemplo, puso de manifiesto la importan-

18 Se han producido ejemplos impactantes como el presenciado en un reportaje de una familia con cinco hijos en edad escolar que había comprado un teléfono móvil con una conexión de datos limitada para, al menos, poder comunicarse con los profesores y donde los hijos se turnaban el teléfono con una pantalla no muy grande para seguir sus asignaturas. Es esperable que el aprendizaje de estos niños haya sido menor que el de otros niños de la misma edad que hayan dispuesto de mejores conexiones y un dispositivo para su uso personal, no compartido.

cia de tener un hogar espacioso con posibilidad de salir al exterior y sobrellevar mejor estar encerrados en casa durante semanas. No todas las familias han tenido las mismas posibilidades y generalmente las dificultades coincidían y se acumulaban. Por tanto, hablamos de un proceso ya existente, que se reproducía mediante la falta de igualdad de oportunidades y que la pandemia está acelerando.

3.3. Recuperar el valor de lo común

El tercer aspecto que hemos observado desde nuestras Cáritas en estos meses es consecuencia de una tendencia presente desde hace años y ya esbozada en el apartado anterior. Se iban consolidando como ideas comunes en la sociedad el individualismo y la meritocracia absoluta y se nos hace creer que somos los únicos responsables de nuestra situación actual y nuestros resultados vitales, sean estos positivos o negativos. Incluso, parece que solo con desear que algo ocurra tendremos la fuerza necesaria para que se haga realidad. La cultura dominante se basa en el esfuerzo personal y únicamente en esto. Los logros vitales de cada persona son el fruto de sus capacidades, habilidades, esfuerzos y decisiones, de manera que culpabilizamos a los excluidos, ya que su situación es el resultado de incapacidades, falta de esfuerzo o malas decisiones. Los descartados se merecen su descarte por no saber o querer adaptarse al cambio y aprovechar las

oportunidades que les plantea el entorno. Esta es la consecuencia en el relato hegemónico. No dependemos solo de nosotros mismos: nuestra familia, nuestro entorno, nuestros amigos, las instituciones e incluso la suerte también tienen, gran relevancia.

Parece que los descartados lo son por su responsabilidad.

Este individualismo era causa y efecto de otra fuerza que se iba imponiendo en nuestra sociedad: una filosofía economicista en la que el valor de la vida se reduce al valor económico y lo público y lo común no son más que la simple agregación de lo individual, ya que proclama el individualismo como un valor absoluto enfrentado a la alteridad. Según esta filosofía, cualquier intercambio social se verá afectado por el interés o el cálculo utilitarista, por lo que mercantilizamos nuestras vidas y cuestiones aparentemente lejanas a la economía como la amistad y el apoyo mutuo que suelen analizarse en función del beneficio percibido o los costes de las decisiones tomadas. Incluso, podríamos llegar a plantear una acción voluntaria o solidaria como una simple transacción. Acogemos al otro y, a cambio, recibimos una mayor satisfacción personal, por lo que decidimos ser solidarios al sentirnos mejor siempre que no nos suponga un coste personal excesivo. En su mayoría no es así. Quienes se dedican a los demás son admirados, pero también, a menudo, incomprendidos. La gratuidad o la lógica del don se ven como ideas contraculturales.

Estamos en una sociedad economicista.

Sin embargo, la pandemia nos ha hecho comprobar que estábamos equivocados. No todo lo puede comprar el dinero, no todo puede someterse a la lógica del mercado. El valor absoluto, del modelo económico y social individualista en que vivimos, se confronta con la realidad: somos el resultado de una red de relaciones muy compleja. La salud individual no se disocia de la salud de todos y ante un problema global como el coronavirus no se puede responder solo desde actitudes individuales.

Nuestra sociedad tiene una red de relaciones muy compleja.

Estamos comprobando que ninguno de nosotros es autosuficiente y que la vida es un bien de todos, responsabilidad de cada uno de nosotros. Debemos ser responsables por nosotros, pero también por el resto.

Debemos generar un mundo global que vaya más allá de lo económico, una globalización humana donde la persona sea el centro. Es preciso recuperar lo comunitario, el valor de lo común, de los bienes comunes. Si se entiende el beneficio común como la suma de los beneficios individuales se estará apoyando la confrontación, la desigualdad y la cultura del descarte. Por el contrario, en esta crisis, como en las anteriores, la familia está resistiendo, aunque cada vez menos, como instrumento de soporte ante las dificultades con cierta ayuda de la comunidad. Sigue siendo un ejemplo de comunidad, de alteridad, de que el todo en su conjunto es más que la suma de las partes.

Queremos una globalización que ponga a la persona en el centro.

En esta crisis, por otro lado, se está mostrando la responsabilidad de la mayoría de nuestros conciudadanos. La sociedad española, por lo general, sigue las indicaciones de las autoridades sanitarias y está colaborando para que no se paralice totalmente el país asumiendo un gran esfuerzo. Sin embargo, con esta pandemia el modelo democrático y el modelo económico y social muestran grietas y riesgos. Confiamos en la buena voluntad y el trabajo de quienes ocupan puestos de representación y responsabilidad política, pero no es una confianza acrítica. Hemos visto cómo en algunas ocasiones no se abandonan las maneras de actuar basadas en el electoralismo, el ansia de poder o la estrategia política en lugar de trabajar al servicio de las personas, en especial de las más vulnerables. La pandemia no afecta solo a nuestra salud o nuestra economía, sino también a la legitimidad de nuestros procesos políticos. Es preciso entender el ejercicio de la política en un contexto global, complejo e incierto. No estamos ante una "nueva normalidad", sino ante una "incierta y duradera anomalía". Esta circunstancia que denunciamos no solo afecta a la democracia en nuestro país, sino también al proceso de integración europea. Hemos constatado las discusiones entre los Estados Miembros al organizar la reconstrucción, pensando más en los equilibrios de poder que en aliviar la situación de las personas más castigadas.

Hay que entender la política en un contexto global, complejo e incierto.

Nuestras sociedades deben afrontar el desafío de cuidar y proteger a los más vulnerables. Es

una cuestión clave no volver a caer en los errores cometidos en la anterior crisis del 2008 donde, como hemos visto en este texto, no se protegió adecuadamente a una parte importante de la sociedad. Además, una crisis como la que estamos enfrentando pone de manifiesto la insuficiencia de las políticas públicas habituales para responder al trilema de elegir al mismo tiempo entre seguridad sanitaria, seguridad económica y libertad democrática. Es complejo gestionar esta situación, pero, si queremos ser una democracia plena, debemos evitar caer en la tentación de implantar modelos autoritarios que combaten la pandemia a costa de la libertad de los ciudadanos, dando pasos hacia una sociedad distópica donde se nos controle y vigile en todos los aspectos de nuestra vida. Es preciso avanzar en la creación de nuevos modelos de acción de gobierno donde se trabaje de manera activa buscando el bien común y basando la relación con el conjunto de la sociedad en la solidaridad y la subsidiariedad. Lo común no tiene por qué significar únicamente lo estatal, sino lo de todos, lo compartido. En estos tiempos difíciles necesitamos una ciudadanía fuerte formada por ciudadanos participativos y corresponsables. Si a veces leemos que no podemos elegir entre salud y economía, tampoco deberíamos elegir entre salud y democracia. No es un reto solo para nuestros políticos, sino para la sociedad en su conjunto. A menudo podemos leer en diversas encuestas de opinión que, mientras que una parte importante de la sociedad cree que es posible

cambiar la sociedad con mayores movilizaciones sociales, solo una parte pequeña ha participado en alguna acción. Debemos participar en el proceso político para asegurar que se persigue el bien común. En caso contrario, las instituciones y la participación política y social seguirán erosionándose y serán paulatinamente vistas por los más vulnerables como inútiles para mejorar su situación.

La sociedad debe cuidar y protegar a los más vulnerables.

No obstante, esta pandemia también ha revelado muchas luces en nuestra sociedad. Se ha generado una enorme corriente de solidaridad, donde ha salido lo mejor de cada uno. Ha brotado en la mayoría de nuestros pueblos y ciudades un manantial de solidaridad, de proximidad vecinal y compromiso fraterno. En entidades como Cáritas se ha comprobado cómo se han acercado nuevas personas voluntarias, personas que se han atrevido a dar el paso. También se ha visto cómo parte del voluntariado, a pesar de ser personas de riesgo por su edad, han querido estar presentes en primera línea porque eran necesarias. Están siendo innumerables las muestras de confianza y colaboración de donantes públicos y privados, personas y empresas. Se agradece profundamente porque, además, se sabe que las consecuencias durarán mucho más que el impacto inicial.

La pandemia ha creado una corriente de solidaridad.

Pero no solo entidades como la nuestra han visto este esfuerzo. Lo comunitario se ha reforzado en esta crisis, de manera que en muchos lugares

han surgido grupos de ayuda mutua que, a través de estas redes, han sostenido más allá de la familia y de la administración a nuestros vecinos, en especial a los más vulnerables. Ha sido frecuente encontrar vecinos que, de manera altruista, han cuidado y se han encargado de los mayores, que se han visto recluidos en casa por miedo al contagio sin poder realizar las tareas más cotidianas.

El compromiso de asumir riesgos por el bienestar de todos se está viendo en trabajadores como los sanitarios y los sociales, las fuerzas de seguridad, los trabajadores de los supermercados, los transportistas y otros muchos. Trabajar es su obligación, pero podrían buscar una excusa para eludir el riesgo.

La pandemia interpela a nuestro modelo de bienestar y cuidados. Han aparecido nuevas necesidades y riesgos o se ha revelado la importancia de otros ya existentes y los servicios sociales y los programas de atención públicos se han visto desbordados. Durante los períodos más duros, han sido entidades como la nuestra las que han proporcionado respuesta, mientras los servicios sociales estaban colapsados o cerrados. Creemos necesario incorporar lo comunitario al resto de agentes -familia, Estado y mercado- en el modelo de cuidados y atención social, aprovechando los aprendizajes de esta crisis.

La pandemia interpela nuestro modelo de bienestar y cuidados.

4. ¿Qué proponemos?

4.1 Acompañar en los procesos de crecimiento y autonomía personales

Ante las dificultades con las que han de enfrentarse las personas en procesos de pobreza y exclusión social la acción que llevan a cabo entidades como las Cáritas diocesanas, y que debe servir de modelo a la acción social y caritativa individual y colectiva, se basa en el acompañamiento en los procesos de crecimiento personal y colectivo, con lo que esta acción debe centrarse más en la gestión de estos procesos que en los fines en sí mismos.

Acompañar los procesos de crecimiento personal y colectivo.

La acción debe promover y potenciar las capacidades individuales, por lo que debe centrarse en valorar a la persona y al colectivo al cual pertenece, principalmente la familia. La promoción de la persona y de su entorno más próximo es vital para orientar la acción y aumentar las posibilidades de éxito.

Promover y potenciar las capacidades individuales.

El acompañamiento debe realizarse desde la incertidumbre y el desinterés de quien lo realiza, buscando la empatía y la comprensión respecto a las personas que necesitan de este apoyo y a sus trayectorias personales y colectivas. La acción de promoción personal y social debe llevarse a cabo desde la perspectiva del desarrollo humano integral basado en las siguientes premisas: la sa-

tisfacción de las necesidades básicas, el sentido de todo aquello que se hace y la promoción de la participación activa y responsable de la persona en su entorno.

Hay que acompañar desinteresadamente.

Referente a la satisfacción de las necesidades, se hace imprescindible la aceptación de la idiosincrasia personal y colectiva y el respeto a su identidad. Ninguna necesidad debe ser impuesta y debe facilitarse la toma de decisiones individuales sobre cómo orientar la vida y determinar lo que es necesario e imprescindible, y lo que no lo es, respetando la libertad y la autonomía personales. Todo ello, influido y condicionado por el contexto económico y social en el que vivimos y nos movemos y en el que deben integrarse todas las personas que lo constituyen. Se trata de gestionar aquellos aspectos que resulten más sustantivos en el proceso de humanización que supone el hecho de vivir y hacerlo en sociedad.

Hay que adaptarse a la idiosincrasia y respetar la identidad propia.

La integración social debe tener como objetivo la dignificación personal y ser eje de la acción individual autónoma y de la solidaridad con el prójimo. Esta última ha de dar sentido a la conexión y la convivencia con el resto de la población con la que compartir los avatares propios de la cohabitación plural y en armonía. No se puede vivir sin el sentimiento de pertenencia y de vinculación a un colectivo y a una sociedad a pesar de las vicisitudes y las contradicciones, por adversas que sean.

La integración social intenta dignificar a la persona.

La persona debe ser la verdadera protagonista de su experiencia personal y de su proceso de cambio o transformación y el entorno debe serlo de su desarrollo. Ello debe ayudar a que la persona descubra este entorno mientras se desenvuelve y se relaciona en el mismo.

Hay que partir del reconocimiento de las capacidades y de promocionar las posibilidades de todas las personas para comprometerse en la gestión de su situación y la de su entorno por difíciles que sean las circunstancias. La persona siempre es susceptible de cambiar y de mejorar sola y en su entorno.

La persona es la protagonista de su propia experiencia.

Debemos empujar a actuar y nunca imponer ya que, todas las personas, dentro de una sociedad diversa y plural, tienen su protagonismo.

A pesar de todo, hay que ser realistas y no esconder que somos personas que vivimos en una sociedad que también maltrata porque su dinamismo, donde dominan los factores económicos, lleva a personas y familias a vivir al margen de su devenir y a sentirse excluidas de las oportunidades que se ofrecen para el desarrollo humano de los miembros que la integran, así como a poner trabas y dificultades para su superación. Esta cuestión nos plantea la necesidad de construir otro modelo de desarrollo basado en un mayor humanismo y en la búsqueda del bien común. Se necesita un modelo que impulse a las personas a

poseer bienes y a beneficiarse de servicios que garanticen el bienestar individual y colectivo, servicios dirigidos especialmente para aquellas personas que no los poseen y que no gozan de oportunidades para su acceso, a pesar de sus capacidades. En este modelo la calidad y lo intangible deberían tener también su reconocimiento, incluso por encima de lo material y cuantitativo.

Un modelo basado en un estilo de vida en el que, a pesar de los intercambios económicos, que son necesarios, se potencie más la redistribución y la reciprocidad como base de unas relaciones humanas que verdaderamente potencien el espíritu comunitario.

Hay que empujar a actuar, nunca imponer.

En definitiva, contribuir a la construcción de un modelo que ayude a las personas a sentirse más identificadas y a reconocer su valor propio valor personal y social.

4.2 Un tiempo de compromiso y esperanza

Necesitamos un modelo que potencie la distribución y la reciprocidad.

No pretendemos redactar un texto apocalíptico, sino uno que hable de la oportunidad de construir un mundo mejor. Hemos descrito brechas que nos hablan de un modelo agrietado, situación que debería obligarnos a tomar partido.

No está claro ni decidido qué sociedad vamos a constituir cuando esto termine. Oíamos hablar de una nueva normalidad, pero esto no deja de ser

una mera frase sin contenido. Dependerá, como hemos visto, de que los ciudadanos nos comprometamos con nuestra participación, apostando por la cohesión social, reforzando lo comunitario y los valores éticos que guíen nuestras decisiones. Es probable que no sea una situación parecida a la anterior. Es decir, si queremos una vida, una normalidad, más justa y más humana deberemos realizar un proceso de conversión personal, de discernimiento, que nos lleve al compromiso.

Debemos reforzar lo comunitario.

Proponemos comenzar por el refuerzo personal, por reconstruir nuestro interior y revisar nuestros valores. Deberíamos recuperar esos valores que dan sentido y horizonte a la vida que los creyentes encontramos en las Bienaventuranzas. Así, en esta situación dolorosa, podremos soportar el cansancio, construir solidaridad y sembrar esperanza. Si nos comprometemos, no podemos permitirnos el lujo de que el dolor nos bloquee. Estamos llamados a luchar por el bienestar de todos, sobre todo de los descartados. "La globalización de la indiferencia seguirá amenazando y tentando nuestro caminar… Ojalá nos encuentre con los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad"[19].19

Debemos revisar nuestros valores.

Y… ¿cómo queremos que se gobierne nuestra sociedad? Es clave distinguir entre consolidar una ética pública donde todos participemos y que sea

19 FRANCISCO, "Un plan para resucitar. Una meditación de Francisco" en Vida Nueva, 3174 (18-24/4/2020), 11

compartida por todos o permanecer inermes ante unos sistemas aparentemente democráticos donde el poder y la riqueza tomen verdaderamente las decisiones en una real plutocracia. Para ello es preciso que seamos ciudadanos, sujetos activos y protagonistas en lugar de individuos frágiles, dependientes de las decisiones de otros e incapaces de movilizarse buscando el bien común.

Deberíamos comprometernos en la construcción de un consenso social, de un pacto que supere la desvinculación y el individualismo y que busque la preocupación por los otros para vencer a la soledad.

Hay que construir nuestro interior y revisar nuestros valores.

Una democracia no se sostiene principalmente porque existan leyes y procedimientos, sino porque se forman sujetos que tienen bien integrado los hábitos, actitudes y destrezas para la igualdad y la fraternidad, para la deliberación y el bien común, para la resolución de conflictos y la tolerancia.

Desde esta perspectiva, hoy resulta especialmente necesario un nuevo pacto social que nos ayude a todos a re-vincularnos y generar cohesión social, superando los individualismos y combatiendo la soledad con la preocupación por el otro.

Tenemos que construir un nuevo pacto social .

Hemos visto con la pandemia que nadie se salva solo. Deberíamos ser muestra de cultura de encuentro, de tender puentes para salvar la crispación política y social. Hemos visto que el virus

nos hace a todos vulnerables y deberíamos trabajar entre todos para superarlo. Este "todos" va más allá de nuestro barrio, ciudad, región o país. Afecta a la humanidad en su conjunto. Que nos duela lo más cercano no debería ocultar que todos estamos sufriendo. La cooperación fraterna con los países más vulnerables no debería ser postergada por la lógica atención a las nuevas necesidades surgidas en nuestro país. Cuestiones como la vacunación del mayor número de personas posible residan donde residan no deberían ponerse en duda, aunque solo fuese por un motivo egoísta: asegurar la mayor inmunidad posible.

Hay que construir una cooperación fraterna con los países más vulnerables.

Aunque quizá lo parezca, no proponemos retos demasiado elevados, sino que es preciso comprometerse en lo pequeño para transformar lo grande. Necesitamos personas implicadas en la vida de su comunidad y su territorio para promover el valor del don y la gratuidad, estando cerca y colaborando en el cuidado mutuo. Si queremos reconstruir nuestra sociedad, tenemos que generar redes buscando la cooperación y el bien común en lugar de seguir manteniendo las cosas como hasta ahora dejando que las fuerzas que van convirtiendo a las personas en meros individuos sigan actuando.

Hay que comprometerse en lo pequeño para transformar lo grande.

Queremos invitar a los lectores a tomar partido, a usar como criterio de discernimiento la Parábola del Samaritano recogida en los Evangelios (cf. Lc 10,29-37). Es decir, optar por el prójimo, preferentemente por el último entre los últimos, como criterio vital y social. La re-vinculación de

la que antes se hablaba no es más que esto: generar comunidad, sentir al otro como parte de nosotros. Como decíamos anteriormente, no sabemos cómo será la futura sociedad, pero sí que nuestro reto como sociedad es recrear un proyecto compartido de sociedad ilusionante, sostenible y que incluya a todos. Estamos llamados a crear comunidad, a construir un mundo donde la desigualdad, la anomia o la exclusión se vayan reduciendo. Animamos a nuestros lectores a unirse a esta tarea en la que intentamos construir una sociedad más justa.

4.3 El Modelo de Acción Social de Cáritas (MAS)

La sociedad tiene que optar por el último como criterio de acción.

Según el MAS, nuestra mirada a la realidad debe tener muy en cuenta que siempre se hace desde un sitio y que para que nuestra acción solidaria sea eficiente debemos de tratar de situarnos en la posición del más débil, de la persona pobre, un espacio que no suele ser el nuestro.

Se trata de ponerse en la situación del más débil.

Esta quizás es la parte más complicada, por lo que hay que buscar una interiorización que provoque cambio y conversión del saber, del sentir y del actuar. Si nos creemos sabedores de la verdad y que nuestro comportamiento es auténtico, vamos por el mal camino. Es necesario siempre interpelarse y plantearse la posibilidad de mejorar, siempre con voluntad de cambio y de influencia en nuestro entorno de forma positiva y solidaria. El buen samaritano tuvo compasión y por este

motivo abrazó la situación del débil, del prójimo que necesitaba de su apoyo. Para esto hay que eliminar todo tipo de prejuicios y ponernos al lado de quien lo necesita, independientemente de cómo pensamos. Debemos intentar en todo momento comprender lo que ven nuestros ojos a pesar de que a simple vista no nos guste.

Debe darse un cambio del saber, del sentir y del actuar.

Así mismo la comprensión debe hacerse a la vez que se actúa, es decir, en el propio compromiso de la acción. No se trata de esperar sentados desde nuestra comodidad para discernir y calcular nuestra acción, al contrario, es necesario actuar y hacerlo meditadamente.

Para el MAS, los ejes del proceso de comprender son los siguientes:

- Procesos de reflexión/acción: la reflexión sobre la acción no debe ser algo extraordinario, sino una práctica habitual. Reflexionar sobre la acción es detenerse, poner distancia y hacer preguntas a la acción concreta: ¿Hay coherencia? ¿Comprendemos lo que hacemos? ¿Tiene sentido? Debemos evaluarnos honestamente. El método es ver-juzgar-actuar.
- Procesos de planificación centrados en las estrategias de acompañamiento: es necesario incorporar la incertidumbre y lo no previsto. Hay que captar la diferencia por unir, no por separar. Debemos movernos en una realidad que es cómo es y no cómo debería ser.

Relaciones acción-agente, de reciprocidad, en las que el agente realiza la acción y la acción realiza el agente, diálogo entre sujetos. Hay que reconocer ser sujeto del otro, confiar, no imponer, acompañar. La formación del agente implica la pregunta por las aptitudes, y sobre todo por las actitudes (humanas y humanizadoras). Las actitudes se cultivan. Es necesaria una formación orientada a educarnos para ser compañeros de camino, acompañantes.

Encargarse de la realidad comporta:

Para acompañar es necesario dialogar.

- Un descentramiento, que implica situarse desde las víctimas, es decir, ir contra corriente, no sólo sobre lo que estamos acostumbrados a hacer, y posiblemente a decir, sino también por lo que ocurre en nuestro entorno. Sin embargo, cuando se empieza a actuar de esta manera, seguro que se encuentran compañeros y compañeras en el mismo camino. Nunca estamos solos.
- Coherencia entre nuestra forma de pensar y actuar, es decir, tener un proyecto de vida integral y llevarlo a cabo predicando con el ejemplo. No vale, a ser sólo solidario en determinadas parcelas de nuestra vida o buscar la coherencia cuando nos es más fácil, sino que es necesario llevar a cabo estas actitudes como resultado de un modelo de vida asimilado e inherente a nuestro desarrollo cotidiano.

Debemos descentrarnos para situarnos desde las víctimas.

Debemos tener coherencia entre nuestro pensar y nuestro actuar.

Debemos saber hacia donde nos dirigimos.

- Saber hacia dónde queremos ir. Esta exigencia requiere disponer de espacios en los que compartir y discutir todas estas cuestiones para fortalecernos y consolidar nuestro proyecto de vida.

Claves para el día a día

Nos gustaría compartir algunas pistas para responder en nuestra vida ordinaria a los retos que nuestra sociedad y la pandemia plantean.

1. Comprometernos con los demás, sobre todo con los más débiles. Debe ser un compromiso concreto, poniendo cara al prójimo. Seguramente en nuestro barrio o en nuestro mismo edificio hay personas que necesitan de nosotros.
2. Este compromiso debe nacer del vínculo, no del paternalismo. "No te ayudo porque soy bueno, sino porque eres mi hermano".
3. Es un compromiso para vivir en comunidad, generando vida, generando sociedad. En Cáritas tenemos las puertas abiertas de par en par para acoger a quienes quieren comprometerse, pero no somos los únicos. Busca el grupo en el que te sientas más cómodo para realizar tu tarea, pero búscalo. Es necesario.
4. Cuida tu espiritualidad. No puedes dar si tú no estás lleno. Reforzar tu interior te ayudará a ser constante, a superar el desaliento, a ser semilla de esperanza.
5. Realiza acciones pequeñas en lo más cercano. De otra manera, llegará la desesperanza y el abandono. Sé consciente de que la tarea supera todo lo que puedas hacer, pero también de que tu aportación es muy necesaria.

En definitiva, somos personas, ciudadanas del mundo, trabajadoras, consumidoras, ahorradoras. Tenemos muchos campos en los que podemos actuar y poner nuestro grano de arena para cambiar la realidad en la que vivimos y hacer la coexistencia humana mucho más fraterna. Para ello necesitamos más ambición y decisión, en resumen, más compromiso.

Jesús Pérez Mayo

Profesor Titular de Economía Aplicada en la Universidad de Extremadura. Su trabajo investigador se centra en la privación material, pobreza multidimensional, el bienestar social y la desigualdad y ha sido publicado en revistas y otras publicaciones de ámbito tanto nacional como internacional. Actualmente ocupa los cargos de Director de Cáritas Diocesana de Mérida-Badajoz y forma parte del Consejo de Cáritas Española y el patronato de la Fundación FOESSA.

Rafael Allepuz Capdevila

Profesor del Departamento de Economía aplicada de la Universitat de Lleida. Doctor en Economía. Imparte docencia en los grados de ADE, Derecho y Trabajo Social Su interés académico se centra en la Economia del Trabajo y en las Desigualdades Sociales Autor de varias publicaciones. La más reciente "Persones i Treball. Una radiografia del treball i de l'ideari cristià". Profesor de l'IREL (Instituto de Ciencias Religiosas de Lleida) Actualmente, director de Cáritas diocesana de Lleida y militante de ACO (Acció Catòlica Obrera) Miembro de la comisión diocesana de Justicia i Pau en Lleida, de la que fue presidente entre 2002 y 2016.

Otros números de Cuadernos de ética en clave cotidiana:

Nº18: Ética en atención primaria. Nazaret Maldonado del Arco.

Nº17: Cuidados paliativos. Jacinto Bátiz Cantera.

Nº16: Ética social para niñas y niños. Guía práctica para padres y educadores. César García-Rincón de Castro.

Nº15: Los confinados. Manual de resistencia (para salir fortalecidos tras el covid-19). F.J. de la Torre Díaz

Nº14: Vivir (des)conectado. Aspectos éticos del uso (y abuso) de los dispositivos móviles. Isidro Catela Marcos

Nº 13: Acompañar en la fase final de la vida. Natividad Jiménez Sánchez, Nazaret Maldonado del Arco y María Dolores Nieto Martín.

Nº 12: Ética y Derechos Humanos. Gisela Giner Rommel.

Nº 11: Paseos para hacer en compañía. José Luis Pareja Rivas.

Nº 10: Internet y las redes sociales, aspectos éticos. Margarita Martín Martín.

Nº 9: Ética y vida: La bioética. Rafael Junquera Estefani y Ana Mª Marcos del Cano.

Nº 8: Los agentes de la Cooperación Internacional al Desarrollo. Una mirada ética. Patricia Rodríguez González.

Nº 7: Videojuegos, gamificación y reflexiones éticas. Margarita Martín Martín y Luis Fernando Vílchez Martín.

Nº 6: Función Social de la empresa: Una propuesta de evaluación ética. Elisa Marco Crespo y Enrique Lluch Frechina.

Nº 5: Ética del Cuidado y Mayores. Los cuidados a las personas mayores desde un horizonte ético y en la búsqueda de la calidad de vida. Rosario Paniagua Fdez..

Nº 4: Introducción a la Ética Familiar. Victor Chacón, CSsR.

Nº 3: Interpelación ética de las mujeres que ejercen la prostitución. Mª Luisa del Pozo.

Nº 2: Ética y Escuela. Juan José Medina Rodríguez y Mª Isabel Rodríguez Peralta.

Nº 1: Bases éticas para la mejora de nuestra organización económica y política. Enrique Lluch Frechina y Rafael S. Hernández.

Nº 0: El Don que transforma, una mirada moral desde el carisma redentorista. Carlos Sánchez de la Cruz.

Puedes descargarlos en la página web: http://funderetica.org/cuadernos/
Puedes comprarlos en la página web: https://pseditorial.com/

éti

cuadernos de

ética

en clave cotidiana

Perpetuo Socorro
Centro Residencial para Personas Mayores

Editorial Perpetuo Socorro
Covarrubias, 19. 28010 Madrid

C/ Félix Boix, 13 28036 Madrid
fundraising@funderetica.org
www.funderetica.org